

detalles del suceso, y en cuyo final puede leerse este párrafo: "Juzgo que la mera noticia de haberse firmado el Tratado, ejercerá una poderosa influencia sobre el precio del cambio, y que haya podido usted aprovechar el aviso que por cable le di". O sea, que no se le había secado aún la tinta de la pluma con que había firmado el convenio internacional más importante de la historia de Colombia, cuando ya salía don Tomás a notificar cablegráficamente del hecho a sus corresponsales antioqueños.

El otro hecho increíble, pero cierto, del que me confieso ignorante hasta ahora, pese a haber trajinado tanto sobre este tema, es el de que en el currículum vitae de nuestro negociador en Washington, estaba, al momento de ser nombrado como tal, el hecho de haber sido durante siete (7) años (de 1877 a 1879 y luego de 1893 a 1900) nada menos que cónsul y agente comercial de los Estados Unidos de Norteamérica en Medellín (e incluso cuando fue ministro de educación lo hizo tras solicitar licencia indefinida al Departamento de Estado - , hecho que moralmente lo habría debido descalificar e inhabilitar para ocupar aquel alto y delicado cargo. Y lo más grave es que el gobierno colombiano debía tener, por razones obvias, conocimiento pleno de esta circunstancia.

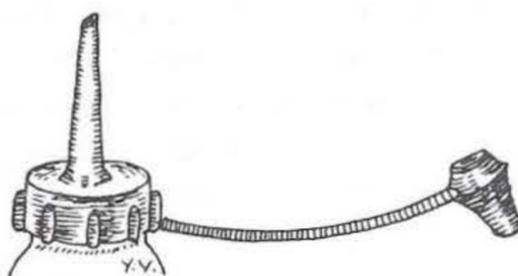
Desde luego, ello no arguye necesariamente colusión entre el señor Herrán, como plenipotenciario colombiano, y el departamento de Estado de los Estados Unidos, del que ya había sido funcionario. Del estudio que se ha realizado sobre la actuación de don Tomás en este asunto, parece ser que nuestro negociador de última hora no podía hacer más de lo que hizo, y que, a pesar de todo, obtuvo apreciables ventajas pecuniarias para Colombia en el texto final del tratado, gracias sin duda a sus relaciones con la alta burocracia de Washington; pero tenemos que admitir que el solo hecho de haber sido representante de los Estados Unidos en Colombia en época reciente, arroja una sombra sobre su actuación en los Estados

Unidos como agente de Colombia. Es éste un caso triste para el honor nacional, en el que también quizás se hubiera podido decir, como se dijo en el caso del Tratado Hay-Bunau-Varilla, sobre el canal, firmado meses después entre Washington y Panamá, que "los Estados Unidos habían firmado un Tratado consigo mismos".

En ocasiones anteriores, cuando he escrito sobre Panamá y su separación de Colombia, mi espíritu, no sé por qué, se ha inclinado siempre benévola sobre la actuación de don Tomás Herrán en este episodio de nuestra historia: he tratado de disculparlo, y he rechazado con disgusto, por apasionado, aquello que en memorable ocasión, refiriéndose a él, dijo el doctor Pérez y Soto en nuestro senado de la república, que "para criminales de esa laya, la horca les viene chica".

Hoy, después de leer estos papeles, no sería ya capaz de volver a meter mi mano en el fuego por este personaje; y creo que, en vez de un favor, la publicación de sus papeles lo que ha hecho es un daño, y bien grande, a su memoria. Lo siento mucho por el profesor Dodd, que con tanta dedicación se tomó el trabajo de catalogarlos.

EDUARDO LEMAITRE



Retorno a la investigación social

Retorno a la tierra
(*Historia doble de la Costa*, t. IV)
Orlando Fals Borda
Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1986,
234 págs.

Orlando Fals Borda señaló en el primer volumen de *Historia doble de la Costa* dos conceptos claves: la región (como unidad espacial y cultural) y

la cultura anfibia propia de la depresión momposina y encarnada en el mito del hombre-caimán. En el segundo volumen, alrededor de la figura del presidente Nieto, se expone la temática sobre el *ethos* costeño y su aparente resistencia a la violencia y al poder encarnada en un caudillo-anticaudillo. El tercer volumen trabaja las estrategias de resistencia de los campesinos costeños. Estrategias que van desde el *aguante* y el *dejao*, hasta la protesta organizada e incluso violenta. Ese tercer volumen es el preámbulo del que ahora reseñamos.

Retorno a la tierra comienza con el proceso de reconstitución del resguardo de San Andrés de Sotavento, proceso que para Fals Borda constituye un símbolo más del retorno costeño a la madre tierra, a las raíces de su cultura. Enseguida se remonta a la historia de la colonización de las sabanas de Bolívar y el Sinú. Allí aparece la conquistadora, doña Francisca Baptista de Bohórquez, que sería la versión española de las antiguas cacicas del pueblo zenú. Las reformas borbónicas exigieron la reorganización espacial de las colonias americanas, que cumplió para la costa atlántica, a fines del siglo XVIII, el teniente Antonio de La Torre Miranda. A la economía campesina que dicha reorganización dejó, se le impuso en el siglo XIX la expansión capitalista. El proceso de transformación hacia la modernidad fue dejando en la costa las secuelas de pobreza, creciente proletarización, desequilibrio ecológico, pérdida de valores culturales, etc. Para los años veinte del siglo actual, una serie de núcleos artesanales y obreros impulsaron la concientización socialista de la región, lo que dio nuevos ánimos a la resistencia campesina por medio de Baluartes, cooperativas y ligas campesinas. Posteriormente vendría la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc), que, con todos los puntos críticos que ella pudo implicar, significó un gran aliento para el campesinado costeño en sus luchas por la tierra. El profesor Fals Borda termina el libro con un interesante capítulo en donde plasma su crítica al modelo desarrollista impuesto

desde los centros imperialistas, y plantea su propuesta alternativa. Ella se podría sintetizar en una búsqueda de mayor autonomía regional (incluso mediante mecanismos como corporaciones regionales ecológicas y la reorganización departamental), una apelación al pueblo como constituyente primario para que se constituya en un poder que genere antipoder, y un afianzamiento de la forma de producción campesina.

Este volumen, como en general la *Historia doble de la Costa*, ha representado un importante paso en la investigación social del país. Con la sola búsqueda imaginativa de fuentes, como la que efectúa Fals Borda, la obra estaría más que justificada en nuestro medio académico. Fals silencio a muchos historiadores que se quejaban de la ausencia de fuentes para la reconstrucción de los movimientos sociales. Por otro lado, la reconstrucción de la historia de una región es un trabajo casi único. *Historia doble de la costa* constituye, junto con las investigaciones que se adelantan en el Valle del Cauca y Antioquia, el mejor ejemplo hasta ahora de una historia regional.

Otro aspecto digno de resaltar en esta obra es la superación teórica del rígido esquema base-superestructura en el estudio de una realidad social regional. En *Historia doble de la Costa* no solamente se atiende a la evolución política o económica de la región, sino que en sus páginas lo cultural e ideológico encuentran también su sitio en forma articulada.

Por la misma vena tengo que confesar que lo que más me impactó del trabajo de Fals Borda fue la novedosa propuesta para el estudio de la historia de las clases subalternas en las distintas formaciones sociales. No obstante que el análisis se nuclea alrededor de la costeñidad —no exenta de exageraciones y regionalismos—, el autor nos introduce en una nueva visión de las clases subalternas: éstas no han sido pasivas en la historia, a pesar de la apariencia, agudizada por el prejuicio mesiánico de los intelectuales. Por el contrario, las clases subalternas han mantenido una permanente actividad, a veces en la forma

de resistencia defensiva, que da la impresión de pasividad, y no pocas veces en la forma de una resistencia ofensiva. Como ya se ha dicho, con esta obra se fortalece en Colombia una corriente historiográfica que dice: ¡BASTA YA DE SEGUIR CULPANDO A LOS VENCIDOS!

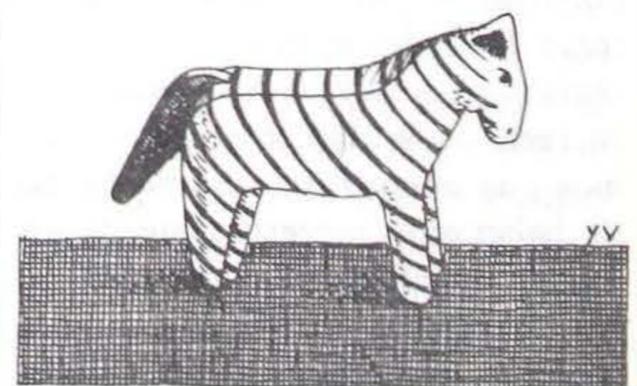
La obra en conjunto, y específicamente el cuarto volumen, ofrece elementos críticos que quiero analizar, no con ánimo destructivo, pues creo en la validez de dicho trabajo, sino con ánimo de diálogo y complementación.

El primer punto crítico tiene que ver con el tema del desarrollo. El profesor Fals Borda enuncia la existencia de un desarrollo diferencial en la costa atlántica. Por un lado está el “desarrollo” en términos clásicos, que el autor claramente denuncia. Es un desarrollo que no ha dejado sino pobreza, atraso, superexplotación de la mano de obra, destrucción de los recursos naturales... Es un desarrollo que ha minado —parcialmente, pues la gente ha resistido— alternativas populares a ese desarrollo. Esto último es el otro polo del problema del desarrollo, al cual Fals Borda le dedica no pocas páginas. En concreto nos referimos a lo que el autor designa como *modo de producción parcelario* —aquí no entro a discutir la propiedad teórica de designar esa forma económica como modo de producción—, que resume una alternativa al desarrollo impuesto desde los centros imperialistas. Fals simpatiza explícitamente con esta alternativa, que es la síntesis de la resistencia campesina a la penetración capitalista, del desarrollo equilibrado de recursos humanos y naturales y del *ethos* costeño que combina la fiesta y el trabajo. La alternativa campesinista de desarrollo se plantea incluso como más eficiente, en el plano técnico, para ciertos productos.

Sin embargo, y aquí viene lo discutible, en el capítulo noveno el autor no insiste en algo que ha señalado a lo largo de los cuatro volúmenes: que la economía parcelaria convivió —de alguna forma articulada a pesar de la resistencia— con la economía

colonial de la hacienda, y convive ahora con el capitalismo mediante mecanismos como los circuitos comerciales, por ejemplo. Por otra parte, no se debe olvidar que la experiencia estadounidense ha mostrado que esa economía parcelaria arrastra elementos de competencia y mercado, de los cuales puede derivarse un pujante capitalismo: es lo que se ha llamado la “vía americana” de desarrollo capitalista del campo. En este sentido conviene interrogarse sobre si la economía parcelaria es una alternativa total frente al capitalismo y a su discurso desarrollista. Esto nos lleva al segundo punto crítico que quisiera señalar, y que gira alrededor del “retorno a la tierra”.

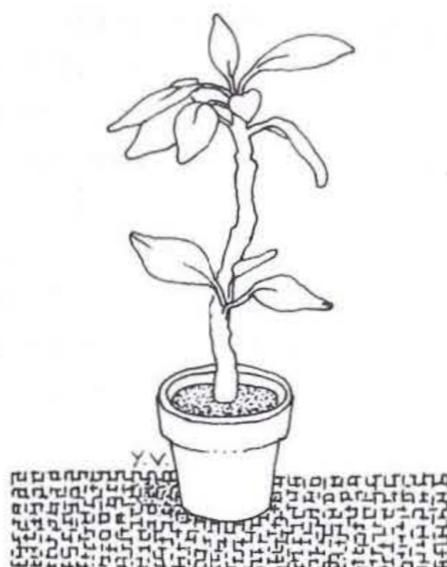
Ciertamente, el profesor Fals Borda ha descubierto la importancia que para el campesino, costeño en este caso, tiene el aferrarse a la tierra como madre, fuente de identidad cultural y “retaguardia”, podríamos decir, en la resistencia. Pero algo va de la justa reivindicación campesina de la tierra, a proponer cierta ruralización de toda la sociedad. Aquí estoy exagerando el texto de Fals, pues, en realidad, esa no es su propuesta. Creo, sin embargo, conveniente llamar la atención sobre las implicaciones de fondo de la propuesta campesinista del autor. ¿De qué otra manera ha de entenderse, por ejemplo, la recomendación que se formula en el libro a los dirigentes políticos, cívicos y eclesiásticos de releer las tradiciones cristianas comunitarias y de aprender de las tradiciones populares que enseñan que “todos los seres humanos deben tener acceso a la tierra, como al aire y la luz. En otra forma se construyen sociedades desequilibradas, corruptas, injustas y opresivas que engendran hambrunas, violencia y terror?” (pág. 208).



Hay momentos en que Fals rechaza decididamente ciertas expresiones de lo moderno, denunciando lo que ellas tienen de extranjerizantes, de penetración cultural, de creadoras de miseria y desequilibrio. ¡Pero esto no nos debe llevar al retorno romántico a un pasado (pasado, a pesar de algunas indudables pervivencias). El capitalismo, y desde antes “el hecho colonial”, ya desembarcó en América Latina. Lo europeo es parte de nuestra realidad mestiza o, en el caso costeño, triétnica. Es imposible un retorno a lo puro.

Apartes del libro sugieren la tesis de que las cosas iban bien en la costa (con problemas como el machismo, la pervivencia de un autoritarismo, una economía señorial, etc.) hasta la llegada del capitalismo, momento a partir del cual se iniciaría un “perrateo” de la economía y la cultura. “El ambiente arcádico —dice el autor textualmente— de las sabanas y del pueblo de Sincelejo se fue perdiendo poco a poco” (pág. 100). La tesis se complementa con la indicación de que ahora hay signos de recuperación, de que los hormigueros se han vuelto a reconstruir. La tesis, obviamente simplificada aquí, suena demasiado lineal para ser cierta. No se puede negar que hay un retorno a la tierra y a las tradiciones. Reconocer esto constituye un gran paso que rompe otro esquema lineal corriente en el medio académico: la inexorable tendencia a la proletarización de la mano de obra. Ahora bien: el reconocer una recampesinización no puede llevar a exagerar un retorno a algo que ya desapareció con el paso de los años.

En este punto valdría la pena mencionar un problema implícito en la bibliografía sobre el tema: las relaciones entre la resistencia precapitalista a la proletarización (en artesanos y campesinos) y la resistencia proletaria como tal. La primera estaría más anclada en lo tradicional, como lo describe Fals Borda, y correspondería a una lógica que el historiador inglés E.P. Thompson llama “la economía moral de los pobres”. La resistencia obrera se inscribe en



el contexto capitalista, que sin negar tradiciones precapitalistas remite a formas “modernas”. Tal vez estudiar casos como el de Barrancabermeja, que es parte del Magdalena medio y se halla vinculada culturalmente a la costa, permitiría dilucidar la relación entre estas diversas formas de resistencia.

En todo caso, hay un problema que subyace en la propuesta de “retorno a la tierra” del profesor Fals Borda, y que tiene que ver con nuestro tercer punto crítico: cierto maniqueísmo cultural o, para decirlo de otro modo, un sueño romántico de retorno a lo puro. El profesor Fals opone continuamente elementos de lo que se llamaría una cultura dominante (extranjerizante, masiva, alienante, eurocentrista, etc.) a otros pertenecientes a la cultura popular (entendiendo por ésta la tradicional, la auténtica, la pura). Mientras el festival de la chicha u otras actividades surgidas por iniciativa del pueblo, merecen el caluroso aplauso del autor, celebraciones como el festival vallenato son criticadas por haber sido creación de las oligarquías. Sin embargo, el mismo Fals proporciona elementos que permiten ver que ni unos ni otros son “puros” (populares totalmente o dominantes totalmente), y que, por el contrario, constituyen escenarios en donde se lucha por la hegemonía. En el festival vallenato hay elementos contestatarios, tal vez subordinados a los dominantes; así como en el festival de la chicha lo popular se articula a prácticas dominantes (machismo, autoritarismo, por ejemplo). El caso de de las corralejas, ampliamente tratado por

el autor, es ilustrativo en este punto. Ciertamente, la explicación de que las corralejas eran más integradas al mundo rural al principio y ahora se han perrateado no es suficiente. Ambos elementos estaban desde el principio, con distinto énfasis probablemente. La realidad es más compleja de como la concebimos los investigadores. Así como no se puede admitir que la cultura dominante arrase con todas las formas de contracultura, tampoco se puede pensar en una cultura popular “puramente” alternativa. Esto último no es invención mía: en las páginas de *Historia doble de la Costa* se encuentran abundantes ejemplos de la ambivalencia de las expresiones culturales. Sin embargo, el autor las olvida en el momento de formular la propuesta (capítulo noveno).

Hay que reconocer que Fals Borda hace una revaluación de la cultura popular. Ésta no es simplemente un depósito lleno de formas dominantes, como lo pensó la izquierda colombiana hasta hace poco. Por el contrario, la cultura popular costeña, que nos describe el profesor Fals Borda, es una cultura rica, llena de inventiva, en permanente recreación y con diversas formas de resistencia a la cultura dominante. Sin embargo, en aras de exaltar justamente la cultura popular, se puede caer en otro extremo igualmente criticable: lo popular como espacio exclusivo del discurso contestatario. Si ello fuera así, ¿cómo se explicaría que expresiones culturales críticas como la Nueva Trova cubana o Joan Manuel Serrat, para no hablar de ciertos conciertos de *rock* se den en escenarios tradicionalmente considerados burgueses? Hay que pensar en lo cultural como escenario de permanente disputa entre la tendencia hegemónica de las clases dominantes y la resistencia popular. Esa fue la medula de la reflexión gramsciana ante el ascenso del fascismo sobre las hogueras aún ardientes de formidables movilizaciones proletarias. Se trata, entonces, de ampliar el espectro de los conflictos de clase a un espacio tradicionalmente considerado como dominado: la cultura. En

este esfuerzo participa, indudablemente, Fals Borda, ilustrando brillantemente un caso regional. El problema reside en propiciar una tendencia maniquea que separe artificialmente el campo de los buenos del de los malos, cuando toda realidad social es contradictoria y encierra elementos de poder y antipoder, de dominación y alternativa, de discurso y contradiscurso.

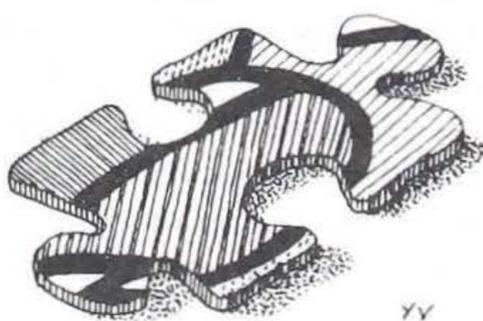
Cabe dar otro paso en el análisis de lo cultural: entre culturas opuestas no siempre existe antagonismo, sino que en algunos casos se nutren mutuamente. Puede sonar paradójico que, después de insistir en la lucha de clases en el plano cultural, se hable de complementación entre expresiones opuestas. La hipótesis de M. Bajtin, expuesta por Carlo Ginzburg en su magnífico libro *El queso y los gusanos* —la historia de un molinero italiano del siglo XVI condenado por la Inquisición—, es conveniente plantearla aquí: la existencia de momentos históricos de “circularidad cultural”. Entre cultura popular o plebeya y cultura dominante o de elite hay períodos de circularidad. El mismo Fals lo postula implícitamente en su análisis de la articulación de saberes — empírico-popular y académico— a propósito de la investigación-acción participante (Iap). A nuestro criterio falta insistir más en esto en la obra de Fals Borda. Tal vez la circularidad cultural no sea hoy tan común como lo fue en la Italia del siglo XVI descrita por Ginzburg, pero por lo menos considerar hipotéticamente su existencia hace más flexible, y menos maniqueo, el análisis de las expresiones culturales. Ello permitiría entender, por ejemplo, por qué el discurso desarrollista se puede articular a ciertas prácticas populares, lo cual no niega su impacto negativo para el país.

Desde esta hipótesis de “circularidad cultural” se entiende la articulación de saberes que propicia la Iap. Sin embargo, la misma Iap parece plantear algunos aspectos controvertibles. En primera instancia, cierta “aniquilación” del investigador, depositario del saber científico que generaría poder, “aniquilación” que se

planteaba implícitamente en la propuesta de investigación militante (cuando se debían asumir los intereses del sector social investigado), adelantada por el grupo La Rosca en los años setenta. Es igualmente discutible el sueño del retorno a lo puro que está implícito en la temática alrededor de un saber “propio”, auténtico, nuestro... En últimas, las inquietudes en torno a la Iap parten de la pregunta que el mismo Fals Borda plantea: ¿cómo generar un diálogo de saberes que no reproduzca formas de poder?

A pesar de que algunas de mis reflexiones suenen duras y simplifiquen el planteamiento del profesor Fals Borda, la intención en estas notas es contribuir a una obra que no dudo en calificar como crucial para la investigación social en Colombia. El solo hecho de propiciar reflexiones como las que he hecho y las que se han hecho en distintos escenarios desde el lanzamiento del *Retorno a la tierra*, demuestra la importancia del trabajo de Fals Borda. Afortunadamente, hoy podemos contar con esa magnífica investigación regional llamada *Historia doble de la Costa*.

MAURICIO ARCHILA NEIRA



La mujer colombiana como objeto (de estudio)

Mujer y familia en Colombia
Elsy Bonilla C. (Compiladora)
Plaza y Janés Editores, Bogotá, 1985,
310 págs.

Hace apenas algunos años era prácticamente inconcebible, en Colombia, realizar una investigación en la

que la mujer, en tanto sujeto social, fuera considerada como elemento fundamental en el análisis de la sociedad. Su grado de escolaridad, su participación política y laboral, su condición de jefa de hogar, su desempeño de una doble jornada de trabajo, su inclusión en las políticas de desarrollo del país, etc., se pasaban prácticamente por alto, en aras de concebirla y valorarla únicamente como madre, como reproductora de la especie y, por lo tanto, como pilar fundamental de la familia.

Mujer y familia en Colombia es una compilación de artículos cuyo punto de partida constituye el acercamiento a la mujer en su doble situación de subordinada: como integrante del sexo femenino y como miembro de la clase menos favorecida, y que enfocan desde diversos ángulos la función que ella cumple como reproductora biológica y como reproductora social.

Los estudios que componen el libro no se proponen demostrar las condiciones de desigualdad y el ejercicio de poder que la sociedad patriarcal ha impuesto a la mujer, —aunque las estadísticas al respecto son elocuentes—, sino partir más bien de esta desigualdad para analizar las condiciones propias de la mujer trabajadora.

Cabe destacar que estas investigaciones, dadas las limitaciones que en el campo de las ciencias sociales supone la inexistencia de estudios análogos que permitan comparar los comportamientos ante determinados problemas, abordan por primera vez fenómenos de vieja data, abriendo espacios y planteando interrogantes que indudablemente crearán nuevas formas de ver en la investigación social y señalarán los derroteros que han de seguirse para lograr una verdadera transformación de la sociedad.

No resulta fácil sortear los escollos metodológicos en una investigación sobre la mujer. Magdalena León, en “La medición del trabajo femenino en América Latina: problemas teóricos y metodológicos”, analiza la medición en los censos y las consecuencias que determinada concep-